

— En ese caso, ¿cómo podría llegar á ese descubrimiento?... preguntó. — Y, suponiendo que llegase, ¿qué pruebas presentaría para recobrar su apellido?

— ¿Qué se yo?... La casualidad puede proporcionárselas. ¿No se encarga, á veces, de penetrar los más oscuros misterios?

— También se encarga á menudo de hacerlos más impenetrables.

— No por eso dejamos de tener esa espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas, cuando tan fácil era ahorrarnos tal tormento.

¡Ah! ¡maldita sea tu necedad!

Pensando en el continuo temor en que iba á vivir en adelante, la cólera del viejo, calmada un instante, volvió á desencadenarse.

XV

FIN DE LA EXPLICACIÓN

Después de un silencio, cambiando súbitamente de idea, dijo Peyrolles:

— Pero te ha debido de costar seguramente mucho más trabajo simular la muerte del condesito que hacerlo morir realmente.

— Sí, me costó mucho, y tuve que desplegar todos los recursos de mi imaginación.

— Pero, en fin, ¿qué medios empleaste para conseguir engañar tan hábilmente á todo el mundo?

— ¿Quiere usted saberlos?

— Naturalmente. ¿No es necesario que sepa cómo ocurrió la cosa?

— ¡Pues bien! he aquí.

Entonces explicó Bathilde al anciano de qué modo consiguió sustituir por una efigie al niño dormido.

El astuto maestro no pudo menos de admirar la

maña desplegada por Bathilde en aquella circunstancia.

— Pero ¿qué ha sido de aquel empírico que te secundó? — preguntóla.

— Desapareció poco tiempo después, y no ha vuelto á dar señales de vida.

Por lo tanto ése no es ya de temer.

— ¿Cómo se llamaba?

— Helouin.

— ¿Helouin? — repitió Peyrolles — ¡Hay que conservar ese apellido!

Si, por casualidad, se presenta algún día ante mí, el que lo lleva, le vigilaré de cerca...

Y, luego, ¿qué hiciste del condesito una vez que lo sacaste de su casa?

— Tenía ya tomadas mis medidas para que saliera inmediatamente de Francia.

Días antes, so pretexto de una obra de caridad, entré en relaciones, por medio del vicario de Saint-Paul, iglesia adonde solía ir la condesa, con un pobre matrimonio de su parroquia.

Eran ingleses de Brighton, cuchilleros que acababan de llegar á la capital para ejercer su oficio, los cuales, no encontrando trabajo, cayeron en negra miseria.

Luego de asegurarme que eran honrados y que no se aprovecharían de la misión que yo iba á confiarles para sacar partido en contra mía, les conté una historia análoga á la que hice creer á Helouin, esto es, que se trataba de salvar á un hijo de familia... y les propuse, si consentían en ayudarme, una gran cantidad de dinero que les aseguraría lo restante de su vida.

Aceptaron á gusto, y en cuanto cogí al niño de manos del empírico se lo llevé á ellos.

Antes de entregárselo les exigí jurarme que no volverían á Francia y que educarían al pequeño en la completa ignorancia de los hechos presentes.

No necesito decir que ignoraban su nombre, pues me guardé mucho de descubrirselo.

Trasladáronse inmediatamente á Brighton.

El pequeño continuaba aún dormido, y no opuso la menor resistencia.

Además, Helouin me había dicho que el brebaje soporífico que le administró le originaría una especie de entorpecimiento cerebral, de pérdida de memoria, que duraría probablemente algunos meses.

Lo cual venía bien, pues así no se enteraría Felipe de su cambio de posición y podría acostumbrarse poco á poco á su nueva vida. Transcurrieron cuatro años.

Un día, cuando estaba la condesa en Lorena, ocurrióseme ir á Inglaterra.

Quería ver si se cumplían nuestras convenciones y qué era del pequeñín.

Había yo sustituido á la acompañante que me propinaron por una joven doncella de toda mi confianza, y gozaba, por consiguiente, de completa libertad de acción, lo que me permitió emprender fácilmente dicho viaje. En cuanto llegué á Brighton me enteré del domicilio de los Smiths — que así se llamaban los ingleses.

— ¿Los Smiths? — me respondieron — ¡hace ya años que no están aquí! Además, solo quedaba la mujer, Margett.

— ¡ Ah ! — exclamé extrañada — ¿ y el marido ?

— Murió en un naufragio.

Pedí entonces explicaciones, y contáronme que, poco tiempo después de regresar de París, de donde habían traído un niño confiado á su custodia, John, el marido, se marchó una noche con dicho niño, en dirección á Portsmouth, y allí se embarcó para llevar al niño no se sabe á dónde.

Pero que, durante la noche, habiéndose desencadenado furiosa tempestad, naufragó el barco donde navegaban ambos pasajeros, pereciendo cuantos en él iban.

La noticia de semejante catástrofe, que conoció en seguida Margett, la impresionó tan vivamente, que perdió la razón.

No cesaba de gemir y lamentarse, repitiendo constantemente :

« Tendré que ir á París... sí... iré á París... iré pronto... para ver á la persona... »

Creíamos que quería hablar de la madre del niño y se la decidió á ir en su busca, según los deseos que manifestaba, para comunicarle la desgracia.

Evidentemente, me aludiría á mí, aunque le hubiera sido muy difícil encontrarme, porque como conservé mi careta al presentarme á ella y á su marido, no conocían mis facciones ni tenían idea alguna del sitio que yo habitaba.

Cierto día, salió del pueblo anunciando que se iba á Francia. ¿ Vino realmente á París ? No pudieron asegurármelo, pues no la volvieron á ver y nada sabían de lo que había sido de ella.

De aquellos datos, deduje que Felipe estaba esta vez bien muerto.

Por eso, cuando me ha dicho usted hace poco que aportó en las costas de Normandía, salvado sin duda por alguna lancha del buque náufrago, no pude retener la exclamación que se me ha escapado y que le ha revelado mi subterfugio.

Ahora, ya sabe usted tanto como yo — terminó Bathilde — y está al corriente de los menores detalles de cuanto acaeció antes.

— Nada adelanto con eso, ni se conjura el peligro que nos amenaza.

— Pero, ¿ por qué se obstina usted en creer en ese peligro — replicó la Wendel ; — ya que, como se lo he demostrado, es absolutamente imposible que nuestro hombre sepa quién es ?

¿ No le ha asegurado á usted que no posee nada, absolutamente nada que pudiera darle la pista de la verdad ?

— No me ha dicho que nada poseía ; no me ha hablado de nada, lo cual no es lo mismo.

— Vamos, entre usted en razón : si hubiera tenido en sus manos la menor prueba de su identidad, ¿ no se hubiera dado ya á conocer ?

— Es de presumir.

Pero recuerdo de su relato un pasaje que me intriga, y es el de los papeles que ese John decía tener en sus ropas y que contenían, según él, el nombre de la familia de Felipe.

¿ Qué documentos podían ser ? Porque no te supongo

lo bastante necia para haber dado á aquellas gentes la menor prueba de convicción.

— Le repito que ignoraban por completo quién era el pequeño.

— Entonces no me explico lo que eso querría decir.

— Ni yo tampoco — replicó Bathilde poniéndose algo colorada y que, á pesar de su aserto, pareció experimentar nueva turbación. — Además, eso nada debe preocuparnos; puesto que, no obstante todas las investigaciones, no se pudo encontrar documento alguno.

— Es cierto, y lo que yo decía era simplemente porque se me antojaba todo muy extraño.

Pronunciadas esas últimas palabras, prodújose una pausa. El anciano quedóse pensativo.

En cuanto á Bathilde, felicitábase por lo bajo por haber salido tan bien de una conversación cuyo comienzo le hacía prever un desenlace tormentoso.

— ¿En qué piensa usted? — preguntó al cabo de un rato á Peyrolles.

— Pienso que, considerando bien todo — tendré que tomar precauciones con respecto á ese muchacho.

— ¿Qué precauciones?

— No necesitas saberlas. Eso es cuenta mía.

— Por mí, obre usted como se le antoje; pero permítame darle un consejo.

— ¿Tú, un consejo? ¿cuál?

— Que sus preocupaciones no vayan precisamente contra nuestro objeto, es decir, que no puedan proporcionar á Felipe algún indicio revelador.

— No, no; no tengas cuidado — repuso con una son-

risa que hubiera hecho estremecer á Bathilde de haberla ésta visto.

La entrevista entre ambos cómplices no tenía ya razón de prolongarse y la joven se dispuso á regresar al palacio.

Cuando empujaba la contraventana del pozo junto al cual habían vuelto los dos, la detuvo Peyrolles.

— ¡Oye — le dijo al oído — no vayas también á tener ahora un acceso de piedad!

— Á mi vez, le contesto que no tenga cuidado — repuso Bathilde en un tono duro que tranquilizó al miserable.

Luego salió, cerró la puerta y pronto se perdió á lo lejos el ruido de sus pasos.

Se habrá notado que, en la conversación que acababan de tener, se turbó dos veces Bathilde.

Y es que no había confesado todo á Peyrolles, y que durante los pasos que tuvo que dar cuando sustituyó el cuerpo del condesito por la efigie le ocurrió un incidente que le había ocasionado mortal angustia.

Cuando se decidió á salvar al niño, queriendo hacer creer en su muerte, consiguió sustraer del escritorio de Aurora varios documentos que concernían al chiquillo, para que no quedáse en el hotel ningún recuerdo suyo; luego, colocó esos documentos en una cartera que le había regalado Peyrolles antes de venir á París.

— Bathilde pensaba destruirlos en cuanto desapareciera el niño.

Para que nadie los viera llevábalos siempre consigo, vigilándolos con el mayor cuidado.

Ahora bien, al volver de casa de los ingleses, ¡cuál no sería su desesperación y su miedo al notar que ya no poseía la cartera! Buscó en sus vestidos, registró bien, volvióse los bolsillos; pero nada encontró.

El objeto se había perdido y con él los documentos.

No obstante, estaba segura de haberlos sentido aún en su traje al salir del hotel.

¿Dónde pudieron habersele caído?

¿Quizás en casa de Helouin? Corrió allí; pero el empírico no tenía nada.

¿Acaso en la de los Smiths? Plantóse de un salto en su domicilio; mas éstos acababan de marcharse.

Pero no... no podía haberlos dejado allí... pues lo hubiera notado forzosamente.

Recordando los sitios por donde había pasado, tuvo presente que, cerca de la iglesia de San Pablo, había franqueado un ancho riachuelo que, á pocos pasos de allí, afluía á una boca de alcantarilla.

Recordó también que en aquel momento, molestada por la caja que llevaba y cuyo peso la rendía, se arremangó como pudo recogiendo precipitadamente y en desorden las faldas.

No le cabía, pues, duda, que allí era donde el portamonedas debió de caérsele del bolsillo.

Y en ese caso, no había por qué preocuparse de la perdida.

Arrastrado el objeto por la corriente del riachuelo, sería sin duda conducido hasta la alcantarilla, y así quedaban ya destrozados los papeles de que se trataba.

Que era lo que ella quería.

Y ya se había olvidado de tal incidente, cuando, de pronto, se lo recordó Peyrolles al contarle la historia de Felipe.

Los documentos de que, poco antes de morir, había hablado el hombre que acompañaba á éste, es decir, el marido de Margett, eran, indudablemente, los de la cartera, que ahora tenía que reconocer haberla perdido en casa de los Smiths.

Y entonces fué cuando experimentó Bathilde la turbación que hemos indicado, y que sólo se disipó al saber la inutilidad de las investigaciones practicadas para encontrarlos.

Para el encadenamiento de los hechos que van á seguir, era necesario conocer estos detalles.

Como lo había anunciado á Bathilde, Peyrolles tomó precauciones respecto del joven.

Aquel mismo día se abocó con Knauss, al que no había perdido nunca de vista desde el asesinato del conde Enrique de Lagardère y cuyos puntos de reunión conocía.

No le costó mucho, visitando algunas tabernas mal afamadas, echarle la vista encima.

Ya sabemos como lo lanzó en persecución de Felipe y lo que sucedió por esto.

Todos los hechos anteriores al encuentro de nuestros principales personajes en Flandes nos son ya conocidos, y, ahora, emprenderemos nuestro relato en el lugar en que lo hemos dejado, es decir, en el regreso á París del sargento Buena Espada.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El Sargento Buena Espada .

I. De caza	1
II. Puñalada y estocada	12
III. La hostería de los Tres Aguiluchos.	21
IV. Un buen tirador	39
V. El hijo de la tempestad.	56
VI. En casa de Passepoil	67
VII. Una escaramuza á propósito de estocadas	80
VIII. Matías Knauss	91
IX. En un pozo.	106
X. En una torre	120
XI. En el campamento	134
XII. La ofensa.	143
XIII. El mensaje.	152
XIV. Cocardasse jinete.	164
XV. La granja.	176
XVI. Marina	191

SEGUNDA PARTE

La locura de Aurora.

I. Duelo tras duelo	207
II. El misterioso señor Helouin.	223
III. Expedición nocturna al cementerio	238
IV. Los tres ataúdes	252
V. Efigie de mastic.	265
VI. La dama enmascarada	283
VII. Continúa la confesión.	298
VIII. La resurrección de Peyrolles	313
IX. Una adopción.	324
X. La educación de la venganza	340
XI. La buena idea del señor Peyrolles.	355
XII. La cita	370
XIII. Cómo muere un héroe	382
XIV. El callejón sin salida	403
XV. Fin de la explicación.	417

